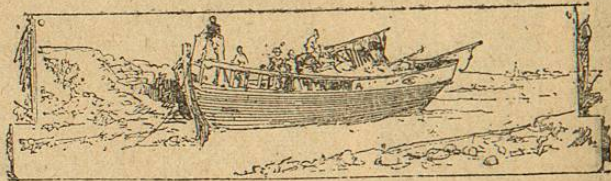


El enviado polonés Bars llegó á París y encontró fría acogida. Se temía discontentar á Prusia.

Entre tanto, recibíéronse noticias de los triunfos militares alcanzados por el hermano de Robespierre en Italia, ayudado por el poderoso talento de dos extranjeros, uno piamontés, el otro corso, Massena y Bonaparte. Treinta mil hombres estaban en plena Italia. Púdose observar el cambio notabilísimo que se verificó en el espíritu del ejército. Los soldados de Robespierre (así se les llama ya), políticos como su jefe, pasaron sobre el territorio italiano, respetando las imágenes y las capillas. El joven Robespierre escribió á su hermano comunicándole estas noticias.

Se le detiene. La invasión de Italia era directamente contraria á la política de Robespierre. La de Bélgica se verificó porque Carnot y Lindet declararon que no podían alimentar al ejército, como no fuera invadiendo el territorio enemigo.



CAPITULO III

Conspiración contra Robespierre (Mayo del 94.)

Policía moral.—Robespierre (24).—Robespierre recuerda á Saint-Just. Barere contra Robespierre.

La entronización del nuevo poder se señaló con nuevo rigor en las funciones de la policía y de la censura.

La policía, imprudente, detuvo en las Tullerías á oradores que ponían en circulación determinadas ideas sociales fomentando la ley agraria.

La administración de las cárceles se preocupa del alma de los prisioneros y les quita los libros de devoción con el pretexto de que exaltan el misticismo y los libros heterodoxos que introducían la corrupción.

El golpe más significativo se dió contra el teatro, pues no fué el comité de Salud pública quien intervino, sino un hombre directamente, Jullien, quien el 9 de Mayo asistió á la representación del *Timoleón*, de Chenier y puso su veto á la obra. Esta tragedia, en la que un hermano mata á otro por tirano, pareció muy apropiado para engendrar muchas Carlotas Corday.

Los amigos de Chenier advirtiéronle que sino sacrificaba su obra sería sacrificado él. De bueno ó mal grado hubo de responder ante el comité de seguridad. No respondió, pero quemó su obra.

Por dócil que fuese la Convención no podía resignarse á ciertos actos y eligió presidentes á los individuos menos simpáticos á Robespierre, tales como Lindet, Carnot, Prieur, la trinidad de obreros, opuesta á la trinidad de los robespierristas.

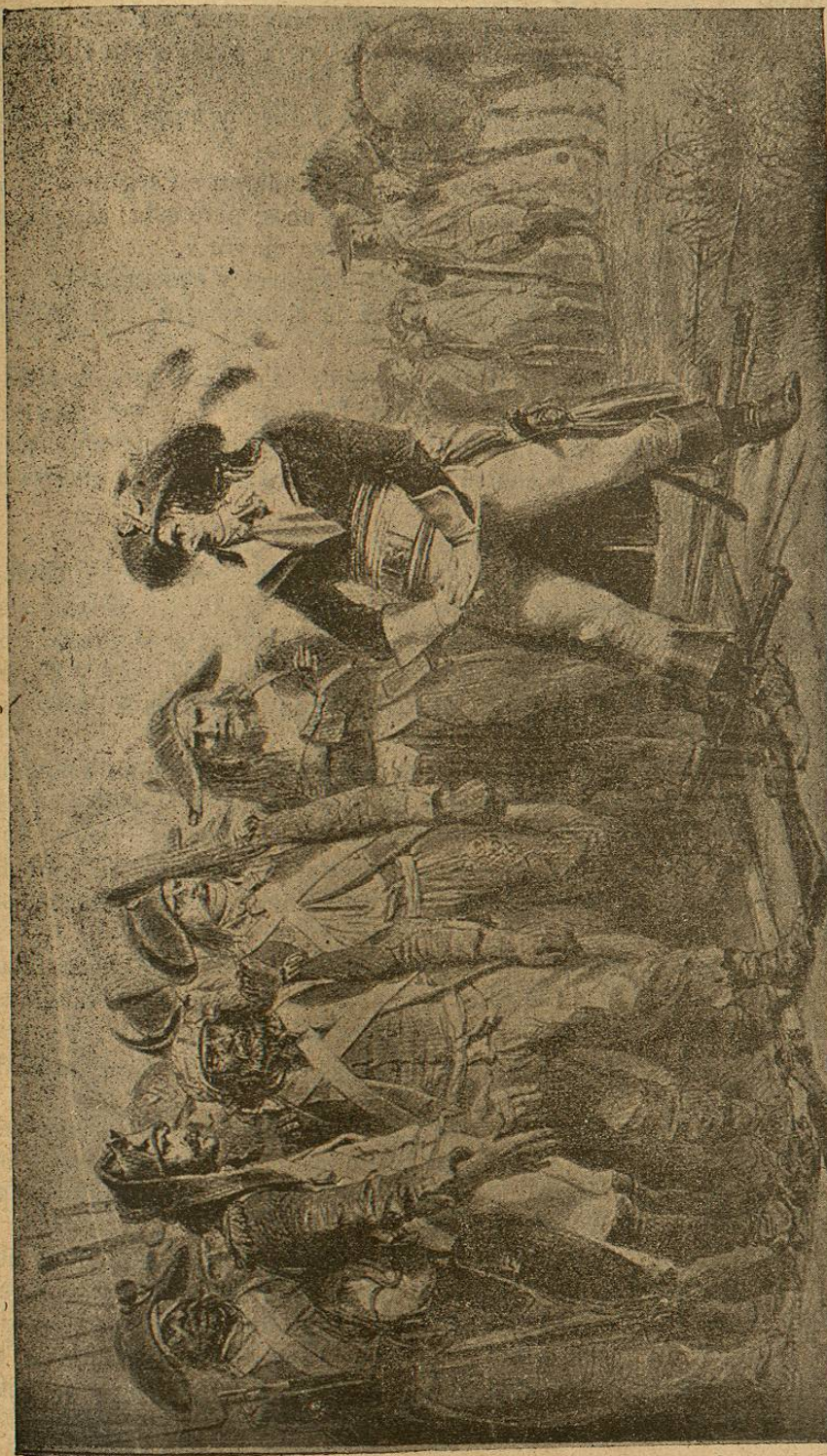
La noche del 9 de Mayo, cuando Robespierre pronunció su famoso

discurso religioso, la Asamblea descontenta eligió á Carnot para la presidencia.



«No me acerqué á Robespierre más que para ver su aspecto de tirano» (Pág. 471)

Robespierre, para forzar á la Convención, obligó á la Comuna y á los jacobinos á que apoyaran su proyecto de ley y, cosa inesperada, hasta entre los suyos, entre los jacobinos encontró oposición. El hijo de Jullien tuvo la mayor parte de la culpa, porque al



LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCIÓN

El comisario de la Convención en los ejércitos.—¿Cómo osáis quejarnos de que os falta pan, cuando no hay un mortal que no os envidie? (Litografía de Raffet.)

redactar el proyecto su ciego fanatismo hizole escribir lo siguiente: «Todo el que no crea en el Ser Supremo será desterrado de la República». Añadió que la Sociedad adoptaría como credo el discurso de Robespierre.

Royer se opuso á las afirmaciones de Jullien y hubo necesidad de llamar á Robespierre y á Couthon para triunfar.

Era la segunda vez que los jacobinos dudaron en seguir á Robespierre. Había una minoría contra éste entonces; pero esta, al designar para la presidencia á Fouché, se convirtió en mayoría.

En París álzase clamoreo contra Robespierre y sus amigos.

Una niña realista es detenida cerca de Robespierre, ocupándosela dos cuchillos.

El día 24 de Mayo (5 Pradeal) algunos diputados preguntaron si había medios para destruir la dictadura. Lecointre, Laurent, Courtois, Barras, Freron, Thirion, Garnier del Aube, Guffroy todos los dantonistas se unieron en su odio contra Robespierre, recordando la muerte del sublime Danton.

Este fué el germen de Thermidor. ¿Lo advirtió Robespierre?

El 24 de Mayo escribió al jefe del ejército del Norte manifestando que se temía un complot de los hebertistas y de los aristócratas. Conocía indudablemente la unión de los dantonistas, pero quería darle distinto carácter. Firmaron la carta Carnot, Prieur, Billaud y Barere.

En esta carta se rogaba á Saint-Just que regresara á París para algunos días.

Por la noche, en los jacobinos se enterneció la gente ante aquellos peligros soñados por la imaginación de Robespierre y puestos en juego hábilmente. A Robespierre se le concedió *una guardia*. Robespierre sintió que el golpe venía de los dantonistas y rechazó el acuerdo, reconociendo que era aún más agudo que el cuchillo de la niña realista Renaud.

La verdadera guardia hubiera sido el pueblo. El ardiente meridional Payan, colocado en la Comuna para reemplazar á Chaumette, aprovechó una ley de Beneficencia votada por la Convención, y acordó que se dieran á los mendigos quince sueldos diarios. En caso necesario estos mendigos se convertían en ejército.

Robespierre, cuando escribió á Saint-Just, temiendo aparecer miedoso, sólo aprovechó su influencia con los demás compañeros y les hizo firmar la carta. Barere, ignorando esto, dió á Robespierre el golpe más terrible que recibió en su vida.

Habíase convenido en el comité de Salud pública que en el momento en que nuestra flota combatiera con la flota inglesa se aprovecharían todos los medios para combatir á Inglaterra, incluso el asesinato, lanzarse en masa sobre Londres, crear á nuestra marina la necesidad de vencer, decretar que no se harían prisioneros de este pueblo asesino.

Pero lo que no estaba convenido era que Barere, en su informe, insertaría largos artículos de periódicos extranjeros en los que se hablaba de él como si fuera ya rey.

«Robespierre ha ordenado... Cuatrocientos soldados de Robespierre fueron muertos... Las tropas de Robespierre se han apoderado de tal plaza... etc.»

Nadie esperaba esta lectura.

Barere preparó un gran discurso. Jamás habló tan sinceramente. Le aplaudieron amigos y enemigos.

Este gran discurso de Barere, apasionado de Robespierre, anunció las dos fórmulas fatales que lo llevaban al patíbulo.

«*Los soldados de Robespierre*».—Así á los ojos de Europa el ejército de Francia era el ejército de Robespierre.

Y la pequeña Renaud, al ser interrogada, dijo: «No me acerqué á Robespierre más que para ver su aspecto de tirano.» Palabras que no son de una niña, pero que tenían entonces una terrible aplicación.

Sin embargo en Robespierre aun no aparecía la figura del tirano. Su mezquindad, la austeridad de sus costumbres, todo alejaba la idea de su poder supremo. Pero lo ció la niña Renaud, lo repitió Barere al leer aquellos artículos extranjeros y todos lo dijeron después de ellos, mirando, concentrándose las miradas en Robespierre hasta decir: «Sí, sí; es un tirano.»

Llegó Saint-Just el 27 cuando ya se había formado la bola de nieve y repitió lo de siempre: «Es necesaria la dictadura y nadie puede ejercerla más que Robespierre.»

El 25 se le oye. El 27 se le vuelve la espalda.

Saint-Just estuvo pocos días en París. No quiso asistir á la fiesta del Ser Supremo.

Aislado en absoluto del robespierrismo comprendió con profundo sentido que este acto era un regreso al pasado.

Robespierre se trazó invariablemente el camino del abismo.

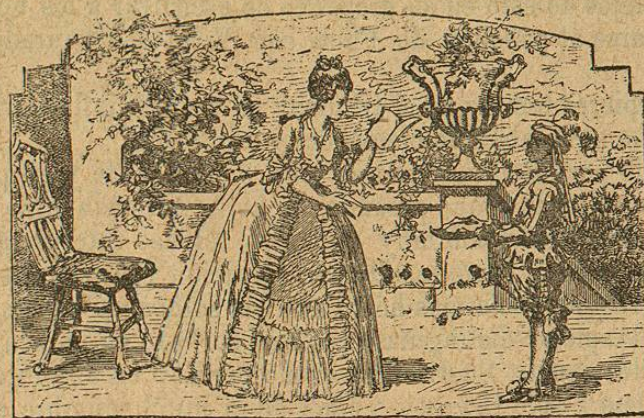
No preveía más que un peligro inmediato: el de ser asesinado.

Todo poder estaba en sus manos. Todo cargo ocupado por los suyos.

De las tres fuerzas colectivas de que disponía la Francia la jacobina le pertenecía, la militar le afectaba y la del clero, protegida secretamente por él, le prestaba todo su apoyo acercándose al poder. El primer paso de aproximación sería la fiesta al Ser Supremo.

En el parque reservado del Monceaux, en sus paseos acompañado de Renandin, Dumas, Payan, Coffinhal, sus amigos fieles, Robespierre entregábase á elucubraciones, deteniéndose, acelerando el paso sujeto á la fuerza de sus nervios. La muerte estaba á dos pasos. ¿Lo sabía él? ¿Pensaba que sólo un débil muro le separaba del lecho de cal devoradora donde había colocado á Danton y á Desmoulins, y que á los cincuenta días debía ser arrojado su cadáver?

La larga asociación en la tribuna de Danton, esta camaradería de elocuencia, el apoyo de Camilo que lo quería sinceramente, todo este pasado desgarrador estaba cerca de él. Estas sombras llamábanle, no como fantasmas irritados, sino como amigos antiguos en la elocuencia y en la naturaleza.



CAPITULO IV

La fiesta del Ser Supremo (10 Junio del 94.)

Lo que esperaba el pueblo.—Irritación.—Al regreso estalla el furor.

Ninguna fiesta se celebró con tanta alegría. La guillotina desapareció el 19 Pradeal por la noche. Creyóse que era para siempre. Un mar de flores inundó París, cuantas hacían falta para adornar las personas y los edificios de una población de setecientos mil habitantes. Toda ventana debía estar adornada con guirnaldas y banderas. Las madres llevaban rosas, las hijas flores variadas, los hombres ramas de laurel y los viejos hojas de parra. Entre las dos filas inmensas de mujeres por la izquierda y hombres por la derecha marchaba el orgullo de las madres, sus hijos; jóvenes de quince ó dieciséis años, satisfechos llevando una pica adornada con ramas.

Estos ríos vivientes del pueblo, estas riberas de flores, confluyeron como un mar á las Tullerías. Jamás lució en el cielo iris más encantador. Ante el sombrío palacio un largo pórtico improvisado ofrecía á la vista arcadas formadas con guirnaldas.

En el medio instaláronse parterres hasta el balcón que hay debajo del Reloj, donde en un vasto anfiteatro se esperaba á la Convención. Destacábase una tribuna colocada sobre las gradas.

Todos creían que desde aquella tribuna se pronunciarían las palabras de: «¡Gracia para todos; la Revolución ha terminado!»

¿Qué medidas tomaría Robespierre? ¿Se aventuraría á pronunciar estas palabras?

Sin ninguna duda, para responder al pensamiento de las masas era necesario jugar una sorpresa al Terror, peligrosa no para él solamente si no para la Revolución. Robespierre no se aventuró.